

DÍA A DÍA

Veraneo en la oscuridad

La tarde del día aquel nos juntamos con el Prócer y nuestras cónyuges en la terraza de la casa donde estamos veraneando juntos, provistos de sendos *gin tonics*. Ya enterados de que el corte de luz o *blackout*, como él lo llama, será prolongado, nos disponemos a ver cómo las tinieblas se van enseñoreando poco a poco.

Desde la terraza se divisa el mar y el puerto vecino, en el que se empiezan a prender algunas pocas luces, suponemos que alimentadas por generadores. "Parece que se nos quemaron los tapones", dice el Prócer, recurriendo a la expresión que utilizábamos antaño cuando se cortaba la luz en nuestras casas y todavía existían esos dispositivos.

"Darling, ¿te acuerdas del *blackout* que nos tocó vivir en Nueva York el año 1977?", le pregunta su mujer. Nos relata

entonces que le tocó asistir a una conferencia internacional en la Gran Manzana en julio de ese año, y que aproximadamente a las 8 de la tarde unos rayos provocaron un apagón que se prolongó hasta el día siguiente, produciéndose numerosos desórdenes públicos, saqueos y pillaje. "Es que en todas partes se da aquello de que la ocasión hace al ladrón", concluye.

En tanto, ya la oscuridad es casi completa. Y mientras contemplamos las luces de unos barcos

que se destacan en la negrura, el Prócer irrumpe cantando una canción *ad hoc* a la que nos unimos en un singular coro en las tinieblas: "Sombras nada más/ acariciando mis manos/ sombras nada más/ en el temblor de mi voz".

R. RIGOTER

